

# Memorias y recomposiciones familiares

## Memories and Recomposed Families

### Mémoires et recompositions familiales

ata, citation and similar papers at [core.ac.uk](http://core.ac.uk)

brought to you

provided by Portal de Revistas Científicas

**Martine SEGALEN**

Université de Paris X-Nanterre

msegalen@u-paris10.fr

Recibido: 19 de julio de 2008

Aceptado: 1 de septiembre de 2008

#### **Resumen**

El artículo se pregunta sobre la especificidad de la memoria en las familias recompuestas, a partir de entrevistas procedentes de una gran investigación sobre tres generaciones. Los contrastes entre las tres generaciones se añaden a los que caracterizan a las separaciones, los divorcios y las recomposiciones. Apoyándose sobre los estudios antropológicos de los hechos memoriales contemporáneos, el análisis muestra cómo los lazos de la memoria se constituyen en gran parte durante la primera infancia, es decir, mediante la relación con los abuelos, la cual depende a su vez del modo en que se han desarrollado el divorcio y la recomposición familiar. Se muestra que, independientemente del tipo de familia, la memoria contemporánea es una construcción y que el individuo elige los materiales para fabricarse a sí mismo, dentro de un nuevo espíritu de familia.

**Palabras clave:** familias recompuestas, abuelos, memoria, filiación.

#### **Abstract**

Based on a series of interviews from selected informants belonging to a wide three-generation survey, this paper questions the specificity of memories in recomposed families. Social contrasts between the three generations are added to familial contrasts linked to separations, divorces and recomposition of couples. Starting with the anthropological analysis of contemporary memorial facts, the analysis reveals that memories are constructed during childhood, within the relationship with grandparents, itself dependant on the way the divorce and recomposition of the couple developed. Whatever the type of family, memory and remembrances processes appear to be singular reconstructions where each individual chooses the material necessary to arrange his specific memory, within the framework of a new family spirit.

**Key words:** recomposed families, grand-parents, memory, filiation.

## Résumé

A partir de quelques entretiens appartenant à une grande enquête portant sur trois générations, l'article s'interroge sur la spécificité de la mémoire dans les familles recomposées. Les contrastes entre les trois générations se cumulent aux contrastes qui caractérisent les séparations et les divorces, et les recompositions. S'appuyant sur les analyses anthropologiques des faits mémoriels contemporains, l'analyse montre que les liens de la mémoire se façonnent pour une grande partie au cours de la petite enfance, donc dans la relation avec les grands-parents qui est dépendante de la façon dont le divorce et la recomposition familiale se sont déroulés. Il apparaît que la mémoire contemporaine, quel que soit le type de famille, est une construction et que l'individu puise les matériaux qu'il choisit pour se bricoler lui-même, au sein d'un nouvel esprit de famille.

**Mots-clés:** familles recomposées, grands-parents, mémoire, continuité de la lignée.

**SUMARIO:** 1. Introducción. 2. Culturas y memorias. 3. Discontinuidades familiares: estado de la cuestión, estado de los vínculos. 4. Memorias sexuadas. 5. "Un nuevo espíritu de familia". 6. Los bricolajes de la memoria. 7. Referencias bibliográficas.

## 1. Introducción

Según Marcel Proust (1992): "nuestra memoria es una especie de farmacia, de laboratorio de química, donde se echa la mano al azar sea sobre una droga calmante o sobre un peligroso veneno". Plantear la cuestión de una especificidad de los fenómenos memorísticos en las familias recompuestas sugiere, a partir de un *a priori* implícito, que se encontraría en ellas más venenos malignos que drogas calmantes, más recuerdos desgraciados que felices. La complejidad de las situaciones de las familias recompuestas se conjuga con la complejidad del fenómeno memorial en sí mismo, cuyos procesos y funciones varían considerablemente tanto de un individuo a otro, como de un tiempo a otro. En sus *Cadres sociaux de la mémoire*, obra durante mucho tiempo olvidada, Maurice Halbwachs ha puesto de relieve la paradoja de las memorias colectivas y de las memorias individuales en el seno de la familia:

No existe otro lugar donde la posición del individuo parezca más determinada, sin que se tenga en cuenta lo que quiere ni lo que es... Sin embargo, tampoco hay otro ámbito donde la personalidad de cada hombre se ponga más de relieve. No hay ninguno en el que se considere a cada miembro del grupo un ser "único en su género" y que no podría, ni se concibe que pueda, ser sustituido por otro. (Halbwachs, 1976: 163).

A la dialéctica entre la memoria común y la memoria individual, se superpone la de los roles de la memoria, que puede cumplir, para algunos, una función de transmisión para inscribirse en una historia colectiva, para otros, una función de reviviscencia para recordar su pasado y, aun para otros, una función de reflexividad destinada a proyectarse en el porvenir (Muxel, 1996: 39).

Además, la memoria desempeña un papel distinto según los grupos sociales. Para las clases medias, se trata a menudo de la historia de unas vivencias, concretizadas por las experiencias del trabajo, de la residencia, de los conflictos y las desdichas

familiares; en la burguesía, el esfuerzo de transmitir una memoria familiar es una moral con la que se socializa a los niños desde una edad muy temprana (Le Wita: 1988; 1994).

Por lo tanto, el estudio de la memoria en las familias recompuestas no exige ninguna teoría particular que no sea la referente a los vínculos rotos o reconstruidos, lazos olvidados y lazos elegidos, fundados, en unos casos sobre lo biológico y, en otros, sobre lo social, que son propios de cada uno. La memoria no se descompone por la descomposición familiar, ni se recompone al formarse una nueva pareja.

Ante las preguntas del etnólogo, la memoria del encuestado se presenta siempre bajo la forma de un balance, de un relato reconstruido, de una reflexión sobre sí mismo y su pasado. Es lo constatado cuando, después de una amplia encuesta cuantitativa<sup>1</sup> sobre los intercambios familiares entre tres generaciones de familias francesas, se han realizado entrevistas con algunas de ellas para comprender la función afectiva y simbólica de los vínculos intergeneracionales.

## 2. Culturas y memorias

En el país *bigouden* –Bretaña del Sur–, donde he llevado a cabo un trabajo de campo de antropología histórica, me ha llamado la atención la homogeneidad cultural de la región y, más generalmente, la estabilidad social y económica –respecto a las relaciones con la tierra, al modo de explotación de las granjas– que la caracterizaba, tal como fue el caso en la mayor parte de las sociedades rurales europeas durante varias generaciones (Segalen, 1985). En el siglo XIX, los folkloristas recopilaban acertadamente los rasgos comunes de esta cultura compartida por todos; durante el siglo XX, los etnólogos hicieron de ellos análisis simbólicos muy eruditos. Cualquier niño estaba socializado en un espacio estable que recorría desde que sabía andar. Toda la gente disponía del mismo *corpus* de historias, cuentos, saberes y habilidades. Al casarse, ambos cónyuges compartían la misma memoria de los acontecimientos y lugares. En suma, tenían la misma cultura, la misma memoria de esta cultura.

Esto no significa que las historias familiares fueran idénticas. Eran portadoras de una memoria específica ligada a la frecuencia de la muerte que multiplicaba las segundas nupcias, con más madrastras que padrastros –al morir más mujeres–. Propagaban tal saga sobre un antepasado que había comprado su granja, tal conflicto con la madrastra, tal riña de herencia transmitida generación tras generación, tan grave y tan piadosamente guardada que, todavía dos generaciones más tarde, uno no iría a comprar el pan a casa del descendiente, designado como el “expoliador”, nieto de una madrastra a la que se acusa de haberse apropiado de la tierra.

---

<sup>1</sup> La encuesta, a la que este artículo se refiere, concernía a familias multigeneracionales y censaba los diferentes tipos de intercambios entre generaciones: la frecuencia de sus contactos, el ocio y las vacaciones conjuntas, las múltiples formas de ayuda, el habitat –co-habitación, ayuda para la compra o el alquiler...–, las donaciones y los préstamos de dinero, las transmisiones patrimoniales, las ayudas económicas en especie, los servicios domésticos, los cuidados sanitarios de las personas mayores, la guardia de los nietos, las ayudas de carácter social, los estudios, la vida profesional, los trámites administrativos, etc. Esta encuesta ha sido realizada mediante cuestionarios (Attias-Donfut, 1995).

En resumidas cuentas, en estas sociedades, incluso cuando los marcos sociales son estables, unos acontecimientos personales ligados a la psicología de los individuos o a las circunstancias del ciclo de cada vida familiar singularizan la memoria de cada cual.

En cambio, los relatos memoriales que solicitamos en el marco de la encuesta sobre tres generaciones se inscriben dentro de un tiempo muy discontinuo y de unos contextos sociales y económicos muy diferentes. Los mayores de los encuestados, nacidos hacia 1920, han crecido en un contexto de crisis, se han topado con la guerra durante los años de madurez y sólo se han beneficiado de los resultados positivos de los “Treinta Gloriosos” en el momento de la jubilación —es la generación del trabajo—. Sus hijos, nacidos hacia 1950, después de una juventud marcada por la paz, han disfrutado del crecimiento económico; han entrado fácilmente en el mercado del trabajo, en el que han hecho una buena carrera; entre otras cosas, las mujeres han visto mejorar su situación gracias al derecho a la contracepción y al aborto, al acceso a los estudios y a los empleos asalariados —es la generación de la abundancia—. Por último, los jóvenes, nacidos a partir de 1970, criados de manera generosa por sus padres, mejor formados que las dos generaciones precedentes, encuentran en cambio mayores dificultades para entrar en el mercado del trabajo —es la generación desencantada—. El contexto es, pues, muy contrastado, lo cual complica la relación a la memoria familiar de los tiempos contemporáneos.

Al contrario de lo sucedido en las sociedades campesinas ya mencionadas, nuestra sociedad no puede hoy en día incorporar el pasado en su presente, debido a la radicalidad del cambio en las condiciones y modos de vida. Las discontinuidades sociales prevalecen; la experiencia de la juventud perteneciente a la generación mayor no parece poder ser comunicada a sus descendientes. Sólo las líneas —de parentesco— que están ligadas por una fuerte pertenencia étnica o religiosa pueden seguir compartiendo una identidad social y cultural. Para las demás, la aceleración de cambios de todo orden, las movilidades, las transformaciones del entorno físico y mental, explican la ausencia de transmisión o, mejor dicho, los bricolajes en la fabricación del pasado. Los mayores opinan que los jóvenes no pueden lograr, en un mundo contemporáneo —en el que, según ellos, “todo se ha vuelto más fácil”—, comprender las dificultades que ellos conocieron, el trabajo a los 14 años, la vida sin comodidades domésticas, el trauma de la guerra. Sin embargo, a su vez, los jóvenes evocan a menudo a sus abuelos como modelos, debido precisamente a las dificultades encontradas en su niñez y su juventud. Fabrican, como vamos a ver, lo que podríamos llamar una “neo-memoria”, nutrida por las reuniones de familia. Incluso en estas condiciones, la memoria sigue siendo “un vínculo viviente entre las generaciones” (Halbwachs, 1950: 50).

Personajes claves en estas nuevas continuidades, así es como aparecen ahora los abuelos, quienes encarnan el papel de transmisores de memorias, y cuyo rol respecto a sus nietos ha cambiado mucho. Más jóvenes, con buena salud y disfrutando de una jubilación satisfactoria, ya no encarnan la imagen del viejo, representada por el bisabuelo, y contribuyen a dinamizar las relaciones familiares. Ni los cambios registrados en las normas, con el aumento de la autonomía de la pareja y de las mujeres, y ni siquiera la discontinuidad social impiden la continuidad familiar: aquí radica la

paradoja del “nuevo espíritu de familia” (Attias-Donfut y Segalen, 2007; Attias-Donfut, Lapierre y Segalen, 2000).

### 3. Discontinuidades familiares: estado de la cuestión, estado de los vínculos

A estas discontinuidades, hay que añadir las crisis familiares que complican considerablemente el ciclo de vida familiar, dando lugar a dos consecuencias ligadas entre sí: una concierne a la residencia y la otra a la afiliación.

Por lo general, el hijo de padres divorciados conoce unos recorridos residenciales agitados, y sus “lugares de memoria” corren el riesgo de desaparecer —la madre cambia de casa y el hijo ya no irá a la residencia de sus abuelos o tíos y tías que permanecen en el mismo lugar— o de transformarse en función de las recomposiciones familiares —una nueva casa aportada por el nuevo compañero, pero que desaparece luego del universo residencial, si la pareja recompuesta no se mantiene, etc.— tanto para lo bueno como para lo malo. Todo divorcio y recomposición familiar también hacen peligrar la estabilidad de las afiliaciones a la línea, masculina y femenina; y, dependiendo de si la relación con los abuelos puede o no mantenerse, la memoria adquirirá una forma y amplitud completamente distintas. La posibilidad de mantener el contacto con los abuelos, que constituyen unos transmisores de memoria, es, pues, crucial para que esta memoria pueda elaborarse. Sin ella, no hay proyección posible en el futuro. Sin pasado, sin conocimiento sobre el pasado, a la identidad le falta el sostén —como bien lo saben los hijos de los supervivientes de la *Shoah*—. He aquí algunos ejemplos sacados de nuestras encuestas:

Los conflictos se mantienen a lo largo de toda la vida e, incluso, a veces, después de la muerte, como en casa de los R. y los S. Durante los años 70 las dos parejas se divorciaron y volvieron a casar con el esposo/a del otro. Los cinco hijos de esta familia doblemente recompuesta han aguantado más o menos bien este acontecimiento. Una casa de campo albergaba a aquellos hijos que aceptaban pasar una temporada en ella. Al morir el marido que era propietario de la morada, los conflictos latentes y acumulados estallan y su mujer —sin que se lo esperara y con mucho sufrimiento— es expulsada por su hijastra que jamás había aceptado que hubiera pasado a ser más importante que su madre, a ojos de su padre. Es así como se deja de hablar, se sufre y se rumian las desgracias pasadas. Lejos de ser un factor de sosiego y reconciliación, la muerte de este hombre, que desempeñaba un papel central, ha hecho derrumbarse el dispositivo de la recomposición familiar.

Los divorcios, separaciones y crisis conyugales no han empezado en los años 70. Nuestra encuesta lo demuestra, a pesar de que estos fenómenos se hayan amplificado particularmente desde finales del siglo XX. Numerosos relatos familiares recogidos mencionan desórdenes conyugales a lo largo de varias generaciones. De hecho, relatos como éstos son bricolajes de la memoria que los entrevistados aceptan confiar al etnógrafo y, al mismo tiempo, formas de memoria que construyen para sí mismos.

Divorcios y separaciones llevan memorias embrolladas, tal como muestran los ejemplos citados a continuación. A pesar de que sea sólo uno de sus parámetros, el contenido de la memoria —en la medida en que es fuente de afiliación— está relacio-

nado con el acceso a las líneas de los abuelos que siempre resultan perturbadas en caso de divorcio.

He aquí una familia de cuadros superiores de Lyon, en la cual las recomposiciones familiares son observables a lo largo de tres generaciones y donde la desgracia familiar parece repetirse: las enfermedades graves se combinan con las viudedades, los divorcios y los matrimonios en segundas nupcias. Durante cinco generaciones, padre e hijo se llaman igual, Jacques. En nuestra encuesta, Jacques, el abuelo, nacido en 1922, es hijo de un primer matrimonio que acabó con un divorcio. Su primera mujer era hija de divorciados. Él mismo, padre de dos hijos pequeños, se volvió a casar tras la muerte de su primera mujer con una divorciada que tenía un hijo, quien se ha divorciado y vuelto a casar. Los hijos de Jacques, Martine y Claude —el primero que no se llama Jacques—, han tenido trayectorias muy diferentes. Martine, nacida en 1941, que vivía en Suiza en el momento de la encuesta, se casó con un hombre mucho mayor que ella, divorciado después de un primer matrimonio del cual tenía una hija; con su esposo, tuvo un hijo, Jean Paul, nacido en 1966. Su vida está marcada por un trauma imborrable: había salido de viaje en barco alrededor del mundo con su hijo y su marido, quien murió repentinamente de tal modo que su cuerpo fue entregado al mar. Por su lado, Claude tuvo dos hijos, ambos enfermos de mucoviscidosis —uno de los cuales murió al nacer—, y luego adoptó a una niña. Las relaciones de los hijos de Jacques con sus abuelos están desequilibradas. Bénédicte G., suegra de Jacques, odiaba a su yerno y no apreciaba demasiado a su nieta, Martine, pretextando que se parecía demasiado a su padre. Después de las segundas nupcias del padre de su madre, Martine llamó “abuela” a la segunda mujer de su abuelo, encantadora y sonriente, en contraste con su abuela biológica. Ésta era mucho más cercana a su nieto, Claude. El desfase intergeneracional se prolonga y, a su vez, Jacques tiene mucha más afinidad con su nieto, Jean Paul, hijo de Martine, que con los hijos de Claude. Un golpe desvela la profundidad de la ruptura: se enteró por la prensa de la muerte de una de sus nietas, afectada de mucoviscidosis. Su segunda esposa es madre de un hijo que ha tenido dos hijos de dos matrimonios. Este hijo era muy joven cuando su madre se volvió a casar de tal manera que ha asimilado a los padres de Jacques como su “yayo” [“pépé”] y su “yaya” [“mémé”]. Jacques dice que considera a las dos hijas de este hombre como sus nietas “por asimilación”.

La historia familiar de los J., cuya complejidad se perpetúa generación tras generación, pone en evidencia varios hechos sociales. En primer lugar, muestra que el vínculo con los abuelos es electivo. En casos de recomposición familiar, éste solamente se puede anudar si los niños son muy pequeños. Éstos podrán llamar a sus abuelos utilizando un diminutivo tierno, tal como es la regla en Francia hoy (Attias-Donfut y Segalen, 2006, capítulo III), pero los de más edad no podrán hacerlo, porque ya poseen un pasado familiar que ha contribuido a cristalizar su identidad. Este ejemplo enseña que rupturas y derivas se manifiestan poco a poco, incluso en los medios acomodados, los cuales tienden a llevar a cabo recomposiciones familiares relativamente menos conflictivas o que procuran, al menos, preservar todos los lazos familiares. Para que unos vínculos sociales electivos logren ser efectivos, deben ser alimentados regularmente. De no ser así, llegan a perder sentido, y, a poco que se introduzcan conflictos de intereses, se agrian rápidamente y vacían de todo conteni-

do. Esto explica que, dentro de esta amplia genealogía, de hecho, varios se sientan aislados, pobres en parientes, pobres en memoria.

He aquí otro ejemplo, dentro de un medio social obrero, que ilustra los conflictos entre vínculos y memorias, fundados sobre la tensión entre lo biológico y lo social:

Ginette T., 67 años, empleada de comercio, jubilada, y Roger, 70 años, antiguo maestro de taller en Peugeot han tenido una relación muy conflictiva con la nueva esposa de su hijo y han rechazado al hijo de ésta. Su hijo, Jean Pierre, con una hija de apenas dos años, Josyane, había dejado a su primera mujer para casarse con la segunda. Ginette y Roger han mantenido buenas relaciones con su antigua nuera, a la que habían apoyado como si fueran sus propios padres en el momento de la crisis conyugal, ayudándola a criar a Josyane. Al tomar claramente partido a favor de su nuera y en contra de su hijo, han acogido de mala gana a la nueva esposa y al hijo que ella había tenido de una primera unión: “Cuando mi hijo se ha divorciado y se ha casado con Pascale, su segunda mujer, el pequeño [el hijo de esta mujer] era en realidad muy joven ¿eh? Sé que en aquella época esto ha contribuido a liarla, entre nosotros al menos, es que... No he podido nunca considerarle como mi nieto. ¡No he podido! ¡No he podido! Sé que es... ¡No podía! Además, sobre todo que sabíamos que lo había tenido con sólo Dios sabe quién, ¿eh? Era verdaderamente... Entonces, no, no, tengo que decir... He.... No he podido, nada más. Le consideramos como el hijo de ella, pero no le consideramos como nuestro nieto, esto no, no es posible”.

La reticencia de los abuelos a asimilar al hijo de su nuera con alguien de la familia se manifiesta también en su desconcierto cuando se enteran de que su hijo se propone dar su apellido al hijo de su mujer. Sea causa o síntoma de una crisis familiar, el rechazo de los abuelos a aceptar al hijo social de su hijo, se extiende incluso al pequeño Guillaume, el hijo biológico que Jean Pierre ha concebido con Pascale, esta nuera que aprecian tan poco: los enquistamientos inducidos por la recomposición familiar son fuertes. Las relaciones se mantienen tensas durante cuatro años, hasta que Ginette decide reanudar la relación, ver a Guillaume, con el fin de no “pasar” de su nieto. Pero la relación permanece impersonal: como le ven poco, ignoran los gustos del niño, los abuelos no le hacen regalos pero ingresan una suma de dinero en una cuenta de la Caja de Ahorros para Guillaume; por otra parte, éste se niega a llamarlos “yayo” y “yaya”. En lo que concierne a su hija y a sus hijos, la relación es exactamente la inversa. Es muy densa y son los mismos padres los que les han invitado a sustituirlos, para mantener el diálogo con los niños o seguir el trabajo escolar del hijo. Cuando Guillaume sea mayor, estará, pues, al margen de toda una vertiente de su memoria familiar, efecto-rebote de una separación dominada por el conflicto entre sus abuelos y su padre.

En las familias recompuestas, el número de abuelos *sociales* se desmultiplica, en detrimento de la intensidad de la relación entre cada uno de ellos y los nietos. Varios parámetros contribuyen a ello, siendo los más decisivos, los propios comportamientos de los jóvenes padres, quienes, al fundar una nueva pareja, se distancian de sus padres, ex-suegros y nuevos suegros. La diferencia entre los hijos de una pareja estable y los provenientes de familias disociadas se manifiesta claramente mediante las modalidades de guarda de los nietos por los abuelos. Pues bien, según se ha dicho ya, es precisamente gracias a este vínculo, estrecho y mantenido regu-

larmente, como se constituye una memoria de la infancia. Mientras que para la guarda, una joven pareja estable suma las ayudas de los padres y abuelos –incluso cuando el eje madre-hija sigue siendo el preponderante–, una joven pareja recompuesta recibe menos colaboración para los hijos procedentes de uniones anteriores, sobre todo por parte de los abuelos paternos. La inserción en nuevas líneas, manteniendo el vínculo con las antiguas, no resulta evidente, contrariamente a lo que se observa en el caso de familias adoptivas. La continuidad familiar se sacrifica en parte en aras al establecimiento de la relación conyugal.

Cuando los hijos de divorciados pasan a ser padres, las relaciones intergeneracionales no mejoran necesariamente. Los conflictos familiares de la infancia con el padre o la madre, o con ambos, han dejado huellas, a veces se prolongan y pueden degenerar en una ruptura total.

He aquí el caso de Andrée, cuyos padres se divorciaron cuando tenía 5 años, y que fue educada en un internado; a los 45 años, sigue soportando el sufrimiento de esta ruptura, lo que le lleva a velar la memoria de esta línea.

Ahora ya no le [al padre] reprocharíamos no haber dado noticias, no haber hecho nada cuando éramos niños... Ahora que somos adultos y que no le necesitamos, tenemos noticias. Es porque le han caído los 60, por lo que se inquieta de lo que hacemos. Bueno, se preocupa sin preocuparse. Cuando la niña [su hija] ha tenido problemas de salud al nacer, se ha operado del corazón... Han llamado diciendo: “si nos necesitas ¡avísanos!” y nada más, se ha parado aquí, no hemos tenido más noticias, ni siquiera para saber si estaba bien. Ni siquiera sabe si la chica está todavía aquí o no. Tal vez, tiene pesares, remordimientos, o también no sabe expresarlos o no se atreve a decírselos, o le da igual... tengo miedo de que esto le pese, pero el puente está roto, está roto y no hay más.

En nuestra encuesta, los jóvenes que han vivido el divorcio de sus padres durante su infancia manifiestan una vez de cada dos un conflicto más o menos fuerte con, al menos, uno de sus padres. Además sus relaciones con los abuelos son más distantes que las mantenidas por los jóvenes procedentes de familias no disociadas. La relajación de los vínculos intergeneracionales repercute en el conjunto de la línea.

En lo que concierne a los abuelos, su menor implicación con los nietos está ampliamente confirmada, sobre todo, después de formar aquéllos una nueva familia: la abuela –y no digamos el abuelo– cuida mucho menos frecuentemente al nieto nacido de un hijo de una unión anterior. También en este caso, los resultados de la encuesta muestran que la abuela atrae más a su cónyuge hacia su propia descendencia que a la inversa. Las relaciones con los hijos de un matrimonio en segundas nupcias son mucho más estrechas que las existentes con los hijos habidos por el varón o la mujer en una unión precedente; incluso a pesar de que los hijos de la mujer se vean menos perjudicados, ya que el padre casado en segundas nupcias suele desatender más a su descendencia anterior que la madre.

Por último, cuando los padres divorciados no se vuelven a casar, mantienen una relación más estrecha con sus nietos, pero menos que los que nunca se han divorciado. Hubiéramos podido imaginar que ocurriera lo contrario, por ejemplo, que su soledad les llevara, como compensación, a involucrarse más con su descendencia. Es



el caso de las viudas, que estrechan efectivamente sus vínculos con hijos y nietos. Por el contrario, lo/as divorciado/as han constituido ampliamente su red relacional fuera de la familia, y sus actividades sociales, su ocio, compiten con las actividades familiares, con los hijos y los nietos. Y resulta más difícil implicar en estas actividades a lo/as amigo/as que a la pareja. De hecho, las personas solas, de todas las generaciones, afirman más a menudo que las parejas, que las relaciones de amistad ocupan un lugar más importante en su vida que las familiares.

La guarda de los nietos por los abuelos parece ser un buen barómetro de la construcción de una memoria del pasado familiar. En ausencia de una intimidad intergeneracional regular, sobre todo cuando los hijos son muy pequeños, no hay recuerdos comunes, ni álbumes de fotos para mirar juntos, ninguna historia de familia lista para recordar, ningún jardín o casa adonde volver regularmente, ningún contacto con los primos.

A menos “guardias”<sup>2</sup>, menos datos memoriales que sacar, como dice Marcel Proust, de su “farmacia”.

#### 4. Memorias sexuadas

La sexualización de las líneas es particularmente llamativa hoy en día, cuando, en las sociedades occidentales y, especialmente, en el seno de la familia, todo parece hecho para asegurar la igualdad entre los sexos. De este modo, las memorias son a su vez sexualizadas —¿generizadas?<sup>3</sup>— observándose diferencias significativas entre líneas paternas y maternas. Cuando los hijos se divorcian, los abuelos maternos apoyarán a su hija, madre, separada de su cónyuge/compañero, mientras que los paternos se quedan relativamente al margen, sobre todo si el padre se aparta, voluntariamente o no, por ejemplo, después de un juicio que haya confiado la custodia del hijo/a a la mujer. Además, “a medida que el padre rehace su vida, se aparta de los hijos de su primera compañera” (Villeneuve-Gokalp, 1999), mientras que la mujer que vuelve a formar una nueva pareja sigue cuidando cotidianamente a sus hijos. Si los abuelos paternos están más alejados de sus nietos que los maternos, es porque su situación depende, a su vez, de la situación de la paternidad, que hoy en día es particularmente frágil.

Sin embargo, algunas abuelas paternas parecen especialmente comprometidas e involucradas respecto a sus nietos, ofreciéndoles apoyo afectivo, y luego financiero durante su adolescencia. Si uno se imaginaba que había una mayor dependencia del vínculo de los abuelos respecto al lazo más bien relajado del padre que no tiene la custodia del hijo, no se puede infravalorar la fuerza de la relación con la abuela que insiste y cultiva el lazo con el niño por medio, si hiciera falta, de la nuera-madre y no necesariamente del hijo-padre. Se tienen que cumplir algunas condiciones: abstenerse de tomar partido en el momento del divorcio, por ejemplo. La ex-nuera sigue siendo la madre de los nietos... a pesar de todo. El hecho de que un niño deje de ver a su

---

<sup>2</sup> N. T.: La autora juega con la doble acepción de la palabra francesa “garde”, en el sentido de “guarda/cuidado” y “guardia/estar de guardia”, por ejemplo, en el caso de una farmacia.

<sup>3</sup> N.T.: El punto de interrogación es de la autora. Forma un neologismo —“gendérisées” — a partir del término inglés “gender”, género.

padre no implica que no tenga contacto con su abuela y no goce del apoyo de su línea paterna. Incluso ocurre que las mujeres se pongan de acuerdo en beneficio de los niños y que, al ir a casa de la abuela, el hijo encuentre a su padre (Cadolle, 2005).

Cada uno construye su memoria con estos materiales simbólicos y sociales puestos a disposición por el pasado familiar: recuerdos de infancia en una o varias casas, objetos transmitidos, lugares de residencia. La memoria individual es siempre selectiva, pero aún más, cuando ha habido una recomposición familiar.

### 5. “Un nuevo espíritu de familia”

Es el término utilizado para calificar la naturaleza de las relaciones intergeneracionales contemporáneas que asocian un individualismo reivindicado con unos vínculos fuertes entre abuelos, padres e hijos. Caracteriza una situación paradójica en la que un tipo de cultura colectiva inventada coexiste con memorias individuales, que presentan grandes variaciones según los individuos de una misma familia en función de la biografía de cada uno, hasta tal punto que miembros de la misma fratría pueden tener una historia diferente. De un lado, la línea fabrica siempre algo colectivo mientras, de otro lado, la memoria selecciona.

La línea fabrica una construcción colectiva que algunos hijos-adultos hacen suya, pero de la que otros quedan excluidos o desean escapar. El porvenir de las familias se complica con inclusiones y exclusiones, ligadas a los divorcios, recomposiciones familiares, recorridos residenciales, pero también a vínculos entre miembros de la fratría. Varios de nuestros relatos de familia mencionan rupturas que llevan a apartar a un hermano o a una hermana y a su cónyuge de la memoria y del grupo familiar. Las causas de estas exclusiones mezclan aspectos psicológicos y aspectos sociales, mientras que las diferencias en el seno de la fratría generan rencores respecto a la equidad parental. Y, si el excluido no puede agarrarse a las ramas de la otra familia, irá a la deriva, privado del apoyo familiar, no sólo en cuestiones de ayuda material, sino como soporte de memoria y de identidad.

Si el contenido de las experiencias se remodela en cada generación, también se diversifica con la incorporación de la experiencia de la otra línea. Cada formación de pareja, cada matrimonio, cada recomposición aporta la historia del otro, diferente por definición. La nueva pareja elegirá, en el abanico de las posibilidades, el estilo de vida, los lugares de anclaje de la memoria, los elementos de la cultura familiar que le conviene. En resumidas cuentas, cada pareja inventa su historia, sin que se lo impongan, construida sobre los elementos que quiere conservar y mantener vivos. Canciones, dichos, viejas anécdotas hacen revivir en el presente a ciertos personajes del pasado, y constituyen un capital colectivo familiar. Pero ya no se trata en absoluto de una transmisión impuesta, patriarcal y patrimonial, que no deja posibilidad alguna de elecciones individuales. Más que nunca, los individuos son, a la vez, herederos y creadores de memoria.

Aquí radica la paradoja contemporánea: la transmisión está trastocada, pero esto no impide forjar un tipo de continuidad familiar, tejida precisamente en estos momentos familiares ineludibles, como las Navidades, las comidas familiares que permiten construir referencias comunes al funcionar como signos codificados, desencadenantes de las mismas reacciones previsibles. La continuidad se ancla

también en los intercambios, pequeños favores, encuentros, todo aquello que teje la trama de lo cotidiano: en este caso también se puede formar una cultura común fundamentada en expresiones propias de cada familia, en anécdotas continuamente repetidas. La identidad familiar está tejida con estas historias que se reinventan, que nos gusta fabricar en el acto y que, desde hace algunos años, circulan gracias a Internet. La continuidad también se inscribe en la presencia de los objetos, tal vez sin valor, que uno aprecia. La continuidad se nutre de un sentimiento profundamente afectivo. Los vínculos de parentesco no se cultivan únicamente por su función instrumental; constituyen un objetivo en sí mismos y para sí mismos.

La casa familiar desempeña un papel fundamental en el dispositivo de la continuidad familiar: a la vez, asegura el anclaje perenne en un lugar y permite los encuentros entre primos, que van a construir, durante una generación, una cultura familiar. De hecho, es al evocar la casa familiar cuando la palabra “continuidad” surge espontáneamente en boca de los encuestados:

“¿Qué es lo que puede asegurar una continuidad? ¿Cuáles son los objetos no perecederos que pueden asegurar una continuidad, si no los terrenos y eventualmente las casas?”, dice uno.

“La continuidad familiar, sí, es eso. Primero implica la posibilidad de una casa familiar que pueda ser llamada como tal... Una casa familiar debe generar la noción de ¡descanso, de remanso de paz, de sencillez! Y el reunirse por gusto, ¡nada más!”, dice otro.

En realidad, estas casas son, en igual medida, fuente de tensiones cuando varios comparten el espacio o cuando se plantea la cuestión de la sucesión. Pero la casa de la familia sigue siendo, en las representaciones, la esencia misma de lo que puede fabricar cultura, continuidad y memoria familiares, durante una, e incluso, dos generaciones.

¿Qué es lo que mantiene juntas las líneas [de parentesco]? Según Meyer Fortes (1969: 242), “el parentesco une, crea derechos y obligaciones morales que no se pueden eludir”. Sea, pero con la condición de admitir que estas obligaciones ya no son reglas pre-enunciadas: de ahora en adelante constituyen un marco más flexible, modelado por unas fuerzas culturales, sociales, económicas, e interiorizadas por cada uno hasta el punto de presentarse como el mero resultado de elecciones e inclinaciones. Nuestras líneas evolucionan dentro de un marco normativo. Las entrevistas han mostrado que, en el marco de estas normas flexibles, la afectividad juega un papel importante.

En nuestra encuesta sobre tres generaciones, la gran mayoría de los individuos reivindica la continuidad. La norma favorece el vínculo y, a la incitación de “ser uno mismo”, se añade la de “ser nosotros”. Se trata literalmente de fabricar este vínculo familiar, sin imponerlo. El patriarcado, con el peso de las incitaciones verticales, ha desaparecido del paisaje de las familias europeas durante los años 1970 –al menos según la ley, y cada vez más en los hechos–. Las líneas son hoy fuertes siempre que convengan a los modos de vida de los individuos, que no impongan ninguna norma. Además, según el nuevo espíritu de familia, la línea está al servicio del individuo, lo cual es exactamente lo contrario de lo que todavía ocurría en los años 1950. Los hijos

debían seguir los pasos de sus padres; ahora, los padres constituyen un recurso cuando la pareja se deshace.

## 6. Los bricolajes de la memoria

Es en el marco de este “nuevo espíritu de familia” donde se realiza el bricolaje de una memoria familiar individual. Los recuerdos que cada uno guarda de su pasado dependen de lo que es en la actualidad, de su medio sociológico y de su ideología familiar, de su relación con sus padres. No hay estudios específicos sobre las memorias de las fratrías, sean de familias intactas o recompuestas. A la vista de lo que podemos conocer sobre la elegibilidad del vínculo hermano/a, sobre los destinos familiares de los miembros de una misma fratria que divergen muy rápidamente<sup>4</sup>, es de suponer que lo/as medio y cuasi-hermano/as —ya adultos— se posicionarán aún más, de forma muy diferente frente a su historia familiar. A falta de estudios sociológicos, podemos mencionar el hermosísimo relato de Marguerite Yourcenar, en *Archives du Nord*, cuando evoca a su medio hermano, dieciocho años mayor que ella, del que habla en unos términos relativamente maliciosos. Hijos del mismo padre, Michel-Joseph y Marguerite mantienen una relación radicalmente opuesta con él: mientras que los dos hombres se enfrentan cordialmente, Marguerite tiene una relación tierna con su padre. Todo opone a estos medio-hermanos: él, “el restaurador sucediendo al disipador” quien, dice ella con cierto desprecio, “caerá en la genealogía”; mientras que ella, que se considera más despegada de las historias familiares, ha restituido unos soberbios destellos de memoria tanto en *Archives du Nord* como en *Souvenirs pieux*.

Existen distintas lógicas de reconstrucción del pasado que trascienden las fisuras entre familias estables y familias disociadas: unos continúan la línea, otros quieren romperla; algunos lamentan el paso a una sociedad impregnada por el individualismo, mientras que otros se congratulan de ello. Para unos, el tiempo social y el tiempo privado están asociados; para otros, la dinámica de la línea se percibe en términos endógenos: es únicamente gracias a los esfuerzos voluntariosos de la familia por lo que ésta ha logrado progresar socialmente. En este caso, el porvenir de la línea “no está puesto en relación con la evolución de la sociedad. La ‘privatización’ de la memoria responde aquí a la de la familia y el relato define ésta última como un espacio de libertad relativamente aislado del mundo exterior” (Coenen-Huther, 1994: 247).

¿Acaso la privatización de la memoria reviste formas particulares entre los hijos de familias recompuestas? No sucede más que en otros casos, porque la memoria de su familia es particularmente frágil en cuanto se intenta reconstituir su árbol genealógico. Pocos son los que pueden dedicarse a hacer investigaciones genealógicas parecidas a las que nos proporciona Daniel Mendelsohn (2007). Su magnífico relato narra su búsqueda a través del mundo para sacar del olvido la memoria de su tío abuelo, su mujer y sus cuatro hijas, asesinados por los nazis en un pueblo de Polonia. Hace revivir literalmente una memoria familiar singular en el contexto de un

---

<sup>4</sup> *Le Monde*, de julio de 2008, dedica una serie de artículos a fratrías conocidas que incluyen desde hermanos enemigos, como los Debré —políticos franceses—, hasta hermanos muy próximos, como los Dardenne —cineastas belgas—.

*shtetl*, investigando las actividades, los lugares de residencia, los caracteres físicos y psíquicos, las condiciones del asesinato de sus padres. Al hacerlo, saca también a la luz la memoria colectiva de los judíos de la ciudad. Se trata a la vez de una reflexión sobre sí mismo, las memorias de su infancia y del pasado de sus padres emigrados a los Estados Unidos. La obra de Mendelsohn fabrica una memoria mediante un relato épico y sagrado, muy alejado, por supuesto, de los actos voluntaristas que caracterizan al movimiento de los genealogistas aficionados (Segalen y Michelat, 1991), cuya amplitud e impacto resultan comparativamente muy limitados, incluso a pesar de que ayuden a numerosas familias a construir un pasado. Sin llevar a cabo investigaciones empíricas, cualquiera de nosotros es ciertamente capaz de nombrar una red de parientes más o menos amplia, pero no mantendrá relaciones con cada uno de ellos —estén muertos o vivos—. Elige identificarse o diferenciarse, elige acordarse u olvidar. La memoria es un “pasado negociado” (Muxel, 1996: 203).

Por consiguiente, a la luz de estas relaciones sociales, la memoria de las familias recompuestas no presenta propiedades particularmente llamativas. Ciertamente, podemos suponer que entraña más riesgo de desafiliación que de afiliación; en este sentido se asemejaría a la memoria del niño adoptado, sobre todo en el contexto de las adopciones internacionales. Éste está expuesto a varias afiliaciones posibles, la de su país de origen, la de su país de acogida. Una encuesta llevada a cabo en Noruega (Howell, 2006) muestra que los abuelos verían más a menudo a sus nietos adoptados que a los biológicos, para que puedan crearse vínculos mediante los cuales transmitir una cultura nacional y familiar. Los noruegos adoptantes obran para incorporar al adoptado en el grupo de parentesco, lo que Howell llama “*kinning*” —fabricar parientes—, como para “biologizar” el lazo. Asimismo se esfuerzan por nacionalizarlos, vistiendo a los niños con la vestimenta tradicional que todavía se utiliza en las fiestas nacionales. También se desarrolla un discurso algo contradictorio, que insiste sobre la importancia de las “raíces” biológicas y culturales. Cuando llegue la edad de elegir o incluso de hacer balance, el joven noruego adoptado podrá elegir entre una u otra memoria, o ambas, ya que, al estar propuestas por los padres adoptivos, no entran en conflicto. La situación es diferente en el caso de los niños de familias trastocadas, que construirán dicha memoria basada en el vínculo biológico en contra de, o combinada con, la fundada sobre la afiliación social: todo dependerá de las vivencias durante los años de la recomposición.

Por consiguiente, la experiencia de un choque entre culturas familiares aproxima a hijos de divorciados y a hijos adoptados. Ambos están expuestos a la vez a la saturación y a la falta de vínculos, recuerdos, transmisión, confrontaciones culturales que impondrán a la construcción de la memoria unas elecciones a veces dolorosas. Probablemente esto ocurre aún más en el caso de los hijos de familia recompuesta, expuestos desde el momento de la ruptura de los padres a un “malestar en la filiación” que afecta a los dos extremos de la cadena: abuelos privados de descendencia; nietos, transformados en juguetes dentro de unas filiaciones inciertas, que bloquean el proceso de identificación necesario para la fabricación de adultos completos en el plano psicológico. Como las memorias colectivas de los acontecimientos sociales y políticos del pasado, siempre “plurales, siempre en conflicto” (Baussant, 2007), así se presentan las memorias de los individuos, hayan pasado su infancia en hogares esta-

bles o trastocados. La experiencia singular es irreductible al mero contexto social y está continuamente reevaluada en las diversas etapas del ciclo de la vida familiar. Anamnesis y amnesia se combinan para proporcionar a la persona, que fabrica un decir sobre la memoria, una identidad positiva de sí misma, para sí y para el otro.

**Traducción: Marie José Devillard**

## 7. Referencias bibliográficas

ATTIAS-DONFUT, Claudine (Dir.)

1995 *Les solidarités entre générations: Vieillesse, famille, Etat*. Paris: Nathan.

ATTIAS-DONFUT, Claudine; LAPIERRE, Nicole; SEGALÉN, Martine

2002 *Le nouvel esprit de famille*. Paris: Odile Jacob.

ATTIAS-DONFUT, Claudine; SEGALÉN, Martine

2007 *Grands-parents. La famille à travers les générations*. Paris: Odile Jacob. 2<sup>e</sup> édition.

BAUSSANT, Michèle

2007 "Penser les mémoires". *Ethnologie française*, XXXVII, 3 juillet-septembre. N<sup>o</sup> spécial : "Mémoires plurielles, mémoires en conflit": 389-394.

CADOLLE, Sylvie

2005 "C'est quand même mon père". *Terrain*, Septembre: 83-96.

COENEN-HUTHER, Josette

1994 *La mémoire familiale: un travail de reconstruction du passé*. Paris: L'Harmattan.

FORTES, Meyer

1969 *Kinship and the Social Order, The legacy of Lewis Henry Morgan*. Chicago: Aldine.

HALBWACHS, Maurice

1950 *La mémoire collective*. Paris: Presses Universitaires de France.

1976 [1925] *Les cadres sociaux de la mémoire*. Paris: Mouton.

HOWELL, Signe

2006 *The Kinning of Foreigners. Transnational Adoption in a Global Perspective*. New York, Oxford: Berghahn Books.

LE WITA, Béatrix

1984 "La mémoire familiale des parisiens appartenant aux classes moyennes". *Ethnologie française*, XIV, 1: 57-66.

1988 *Ni vue, ni connue, approche ethnographique de la culture bourgeoise*. Paris: Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme.

MENDELSON, Daniel

2007 *Les disparus*. Paris: Flammarion.

MUXEL, Anne

1996 *Individu et mémoire familiale*. Paris: Nathan.

PROUST, Marcel

1992 *À la recherche du temps perdu. La prisonnière*. Paris: Gallimard.

SEGALEN, Martine

1985 *Quinze générations de bas Bretons. Parenté et société dans le pays bigouden Sud, 1720-1980*. Paris: Presses Universitaires de France.

SEGALEN, Martine; MICHELAT, Claude

1991 “L’amour de la généalogie”, en Martine Segalen (ed.), *Jeux de familles*. Paris: Presses du CNRS, 193-208.

VILLENEUVE-GOKALP, Catherine

1999 “La double famille des enfants de parents séparés”. *Population*, 1: 9-36.

YOURCENAR, Marguerite

1974 *Souvenirs pieux*. Paris: Gallimard.

1977 *Archives du Nord*. Paris: Gallimard.